

LAS LÁGRIMAS

(CONCLUSIÓN)

Alfonso Karr ha dicho que con lágrimas se redimen las penas, por lo cual encontramos justo y razonable que el que sienta, llore, y más si el llanto ha de ser el rocío que refresque el alma, ó si, como dice Lamennais, las lágrimas son hijas del remordimiento, porque á veces se llora no sólo por el porvenir sino por el pasado. Por el presente hay pocos que no lloren.

Cada hombre tiene sus dolores, cada siglo su compasión y cada espíritu sus lágrimas, ha dicho Lamartine, con la verdad y la elocuencia que

siempre merecen sus autorizadas palabras, y no podemos negar que el autor de *Rafael* conoce el corazón humano y ha profundizado los arcanos de la sociedad; por eso expresa más allá que el que sabe enternecer lo sabe todo. ¿Y sabéis qué rasgo del alma, qué destello del corazón pueda enternecer más que las lágrimas? El alma que sabe llorar, sabe lo que es el sentimiento y la ternura, sabe hasta dónde llevar el eco de su llanto para hacer estremecer al que lo escucha, porque las lágrimas producen lágrimas.

Los que han atravesado el mundo, los que han cruzado la tierra, los que han escarpado la humanidad para encontrar el lago dulce ó amargo que produce esas dos fuentes que se

llaman ojos, conceden á las lágrimas la importancia que merecen.

Se observa generalmente en el mundo que la virtud se cria entre las lágrimas, que las almas castas y puras son las que más viven en el llanto, que la desgracia y el llanto, como dice Cervantes, caminan juntas por un mismo sendero.

Nosotros, desde la pequeñez que ocupamos sobre la faz de la tierra, hemos meditado largamente, hemos hecho volar nuestro pensamiento sobre todos los raros incidentes, los eternos contrastes, la triste desarmonía de ese sentimiento grande y generoso que se traduce en lágrimas, y no hemos podido desentrañar la causa originaria de su elocuencia, porque, según Rubí, nada hay tan elocuente como las lágrimas.



CAIDA DE UN PICADOR

Y lo cierto es que nada hay tan elocuente como ellas; basta una lágrima ardiente, triste y generosa, para comprender todas las angustias de un alma dolorida; basta una llena de candor, placer y armonía, para adivinar todas las alegrías de un corazón venturoso.

Sin ellas no se comprende la vida, sin ellas no hay placer ni sentimiento, sin ellas no hay glorias ni amarguras.

Ellas son el espejo del alma, la esencia de nuestro sér.

Ellas son el libro de nuestra peregrinación en la tierra.

Las lágrimas revelan nuestras creencias y nos acercan á Dios.

Las lágrimas, en fin, son el principio de la redención.

El fin es el arrepentimiento.

ANTONIO ALCALDE Y VALLADARES.

*

EL CELESTE IMPERIO

Hoy que tanto se habla de la China, no me parece del todo inoportuno que eche yo también mi cuarto á espadas. ¡Quién sabe si hablando, aunque sea á bulto, de ese país, lograremos al cabo conocerle!

Aunque sus relaciones con Europa se hacen cada vez más fáciles y más frecuentes, todavía distan mucho de ser tan constantes y tan íntimas como el interés general de la civilización y la conveniencia de uno y otro país reclaman.

Motivos hay, con todo, para creer que esto se logrará muy pronto. Si el misionero, el sabio, el mercader, hasta hoy han fracasado en la empresa de establecer sólida y cordial amistad entre Europa y el gran imperio asiático, lícito es fiar la realización de esta obra á esos filántropos y célebres propagandistas que, como

Armstrong y Krupp se dedican á fundir cañones.

No hay que tomarlo á chanza. La guerra no es solamente vehículo de la civilización, sino también medio eficazísimo de establecer y afianzar vínculos de cariño entre dos pueblos, impulsándoles á que, con la más fraternal reciprocidad, pugnen por degollarse.

Así, al menos, lo afirman Hegel y otros filósofos cuya imparcialidad no es sospechosa, pues jamás cubrieron sus doctas piernas con pantalones encarnados, llevaron espolines, ni arrastraron sables.

¡Y que dicen muy bien, por vida de Chassepot! La experiencia acredita sus palabras: lo que en China no pudo conseguir la cruz del misionero, el compás del geógrafo y la vara del mercader, empieza á lograrlo el sable.

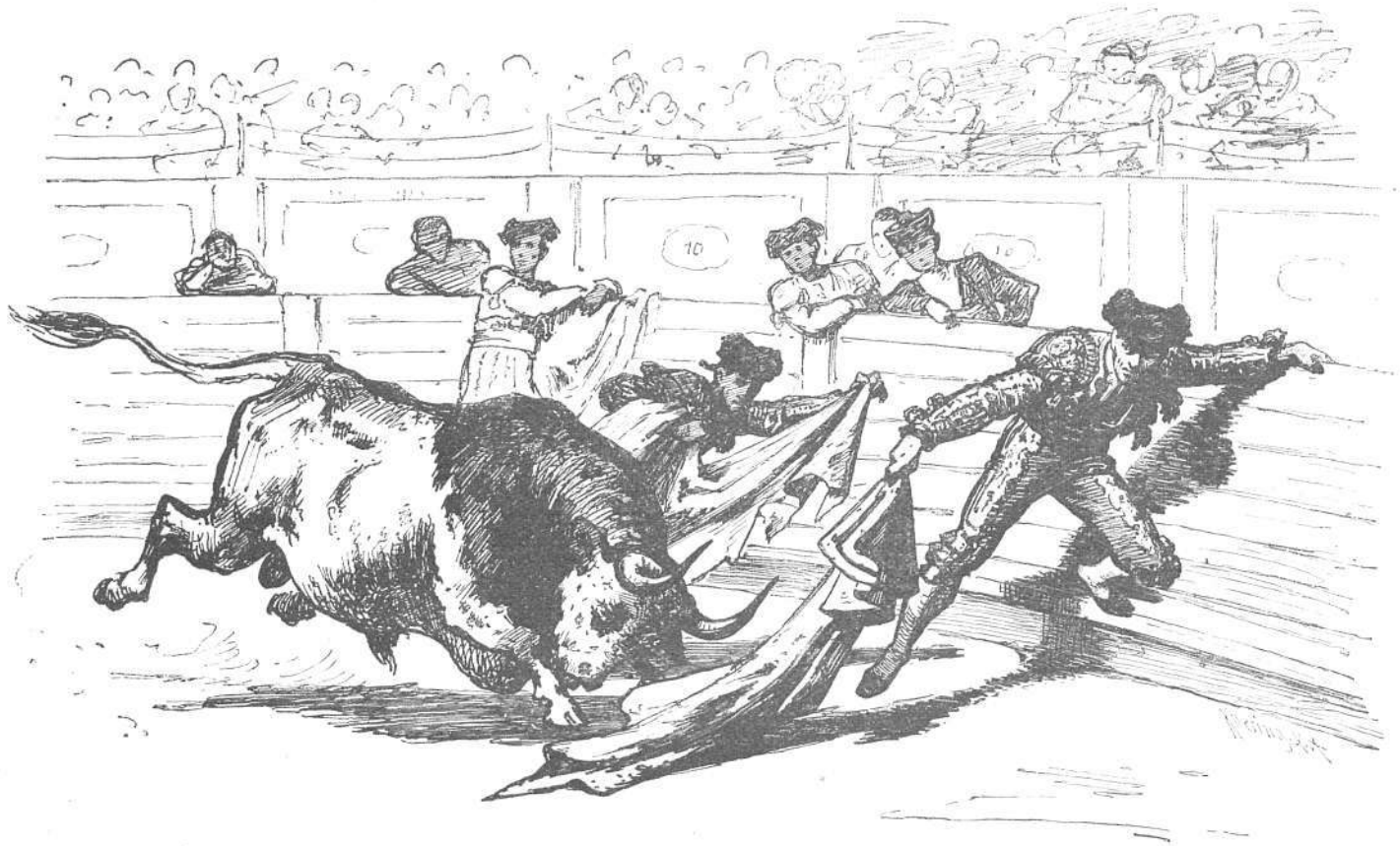
Cosa muy natural, si bien se mira. De todos los métodos dialécticos conocidos y ensayados hasta hoy, el más eficaz para la persuasión es el garrote.

Por muy útiles que en la controversia sean el silogismo de cinco términos que inventó Gotama ó el de tres que Aristóteles divulgó en Europa, yo creo que al filósofo de la India y al preceptor de Alejandro deben ser preferidos Minié y Remington cuando se trata de concluir

al contrincante. Bien se puede afirmar que el Peripatético no se habría tomado la molestia de escribir su *Organon* á tener ya noticia del fusil que se carga por la culata.

Como el entendimiento humano busca la perfección en todo y la dialéctica no ha podido sus-

traerse á la ley del progreso, nuestro actual método de discutir lleva al antiguo grandísimas ventajas. Las categorías del Estagirita y los silogismos de Baralípton se hallan hoy arrinconados como trastos viejos y eso de probar la menor, se ha hecho cursi. Las categorías aristotélicas

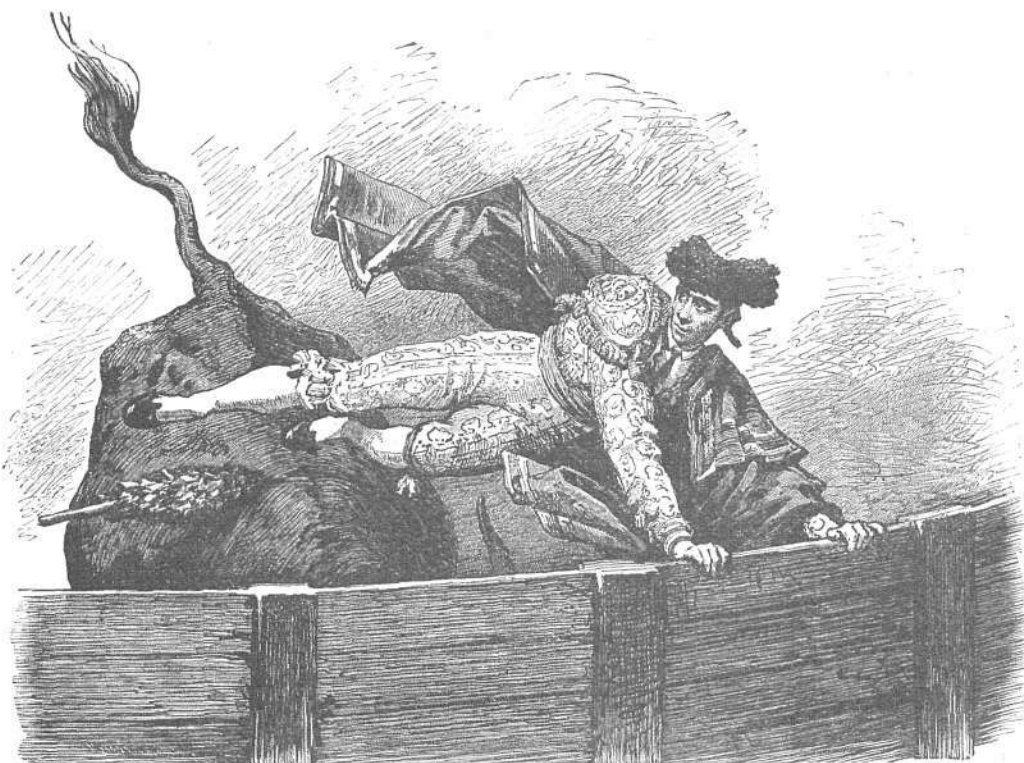


UNA LARGA

han sido sustituidas por los regimientos y escuadrones, y toda aquella actividad que antes se invertía en hacer argumentos, hoy se emplea en la fabricación de cápsulas. Así vemos que en las polémicas de ahora contribuye mucho á dar la razón el número de caballos con que se cuenta, y en vez de citar autores y alegar textos en latín, se apela al redoble del tambor y al toque de las cornetas para que, reuniéndose muchos millares de filósofos con cartuchera, resuelvan la cuestión á paso de carga. Hoy una batería tiene más autoridad que todas las academias juntas, y es más persuasivo que un claustro de doctores cualquier escuadrón de coceros.

Ahora bien, si la religión, la ciencia y el comercio han trabajado inútilmente para persuadir al pueblo chino y vencer su resistencia á entrar en el concierto de las naciones cultas, ¿no es justo que, al sostener con él una discusión internacional, se siga la dialéctica moderna y se apele al recurso de empujarle un poco, y caso de que se haga el remolón, llevarle á palos?

El nuevo sistema de discutir y las razones que en esta polémica emplea muy acertadamente Europa, deben asegurarla el triunfo, pues sabido es que á sus argumentos no puede oponer



SALTO DE LA BARRERA

la China, hoy por hoy, otros de tanto alcance.

Y aún deben darnos gracias los hijos de Confucio por la molestia que nos tomamos en vencerles. En efecto, ¿dónde hay nada mejor que el estampido del cañón y la punta de las bayonetas para despertar y poner en movimiento á ese pueblo que, habiéndonos precedido en el camino de la civilización, se ha quedado dormido á lo mejor de la jornada y continúa en su siesta hace ya siglos?

Además de esto, para purificar la atmósfera en esa dilatadísima región, convertida en inmensa cárcel por sus murallas y donde las aguas de la vida se han corrompido al estancarse, la pólvora vendrá que ni de perlas. Merced á ella, esos trescientos millones de almas que yacen acurrucadas é inmóviles en su aislamiento, recibirán con el oxígeno moral que tanto necesitan, las semillas de la nueva civilización que en sus proyectiles huecos les manda Europa.

Cierto que los tales proyectiles cumplen su misión civilizadora estropeando un poco lo que encuentran á su paso. Pero, ¡bah! ¿quién repara en pequeñeces?

Por de pronto, gracias al agujero abierto por los cañones en la muralla china, ya podemos echar una ojeada á ese país que nuestra

curiosidad hallaba inaccesible.

¡Y mire V. qué cosa! Cuando "por las fantásticas relaciones de viajeros mentirosos y por la apasionada apología que de él hizo Voltaire, vivíamos persuadidos de que el Celeste Imperio no se parece á ningún país del mundo, ahora salimos con que los descendientes de Confucio mienten, engañan, fingen amistad, faltan á su palabra, intrigan y adulan para ser mandarines, y tienen ejército, empleados, clero, charlatanes,

academias, lista civil, horizontales y agentes diplomáticos lo mismo que en Europa.

Yo no he de negar, con todo, que en la fisonomía moral del pueblo chino resaltan ciertos rasgos por los cuales un observador poco atento le podría considerar como una excepción singularísima, pero no es justo concederles gran importancia: sobre no ser muchos, están llamados á desaparecer muy pronto.

Y no se olvide que si hallamos extravagantes á los chinos es porque no imitan nuestras extravagancias, y lo son á su manera. Este es para nosotros su gran delito.

Habitados ya á nuestras propias ridiculeces parecennos la cosa más natural del mundo y queremos que nuestro modo de ser se tome por arquetipo ó modelo á que debe ajustarse todo. Así es que, no imitarnos, es para nosotros señal de irremisible extravagancia y sólo el que adopta nuestras ridículas costumbres puede librarse de parecer ridículo.

El arte chino, v. gr., es juzgado en Europa como la más completa manifestación de lo grotesco y nos hace desternillar de risa. No tenemos razón para reírnos. Todo lo que tiene de grotesco se reduce á que allí el artista se lanza á las regiones de la fantasía en pos del ideal y emplea como formas visibles de sus sueños, mujeres bellas, kioscos elegantes, perspectivas risueñas, flores maravillosas y pájaros de oro. Nuestro arte, en cambio, suele buscar la belleza en los estercoleros, las letrinas, las tabernas, los garitos, los lupanares, los presidios, los anfiteatros de disección y las salas del hospital, sin que haga ascos á los más sucios detalles de la terapéutica y á los cadáveres verdosos, ni le repugne andar en cuatro patas para continuar su investigación estética bajo las camas de los enfermos.

Dícese que sobre gustos no hay nada escrito, esto es falso: se han escrito muchísimas tonterías, y no pocas, en verdad, suelen decirse para que parezcan razonables ciertos gustos. Pero yo no condeno los de nadie y sin dificultad admito que la minuciosa y exacta pintura de un emplasto eleva el alma y que en la descripción detallada de las letrinas ó en un parto referido con los más minuciosos y recónditos pormenores (1) hallen algunos dulcísimo deleite é inefables goces... Mas no por esto debemos tratar de extravagantes á los chinos si no calzan á sus musas las botas con que los encargados de la limpieza bajan á las alcantarillas.

Y, finalmente, si sobre gustos no hay nada escrito, injusto es perseguir con burlas á los artistas del Celeste Imperio cuando para subir á la cumbre del ideal rechazan nuestros carros de Sabatini y montan el dragón de cinco garras ó un monstruo alado.

Y si salimos de la esfera del arte, aun más fácilmente se echa de ver que, tan poco fundadas como la anterior, son las otras acusaciones que el exclusivismo europeo lanza contra el carácter y la civilización del pueblo chino.

Háblase mucho del escepticismo de ese pueblo y de su indiferencia en punto á religión, y se quiere que esto sea otro de los rasgos característicos que le dan una fisonomía especial y extravagante.

Cierto que los chinos se muestran bastante campechanos en su manera de tratar á Dios, pues sabido es que comen, beben, fuman, se pasean, hablan en alta voz, se rien, juegan al ajedrez y hacen negocios en el templo; yo no he de negar tampoco, ni ocultar siquiera, que puesta la divinidad en China bajo la dependencia del gobierno, el Supremo Hacedor viene á ser considerado como una especie de mandarín celeste y un decreto imperial publicado en la Gaceta de Pekín, lo asciende ó lo degrada, según su comportamiento en las calamidades públicas. En suma, que allí el Omnipotente es un funcionario responsable y ya sabe á lo que se expone si se descuida en andar derecho.

Todo esto es verdad, pero, ¿de qué nos asom-

bramos cuando aquí pasa lo mismo! Mucha más devoción que á Budha en la China se tiene en Europa al becerro de oro, y sin embargo, también aquí la gente se pasea, se ríe, fuma, habla á gritos, disputa, jura, juega y hace negocios y picardías en la Bolsa, que es el templo donde el ídolo de metal y cuatro patas recibe culto.

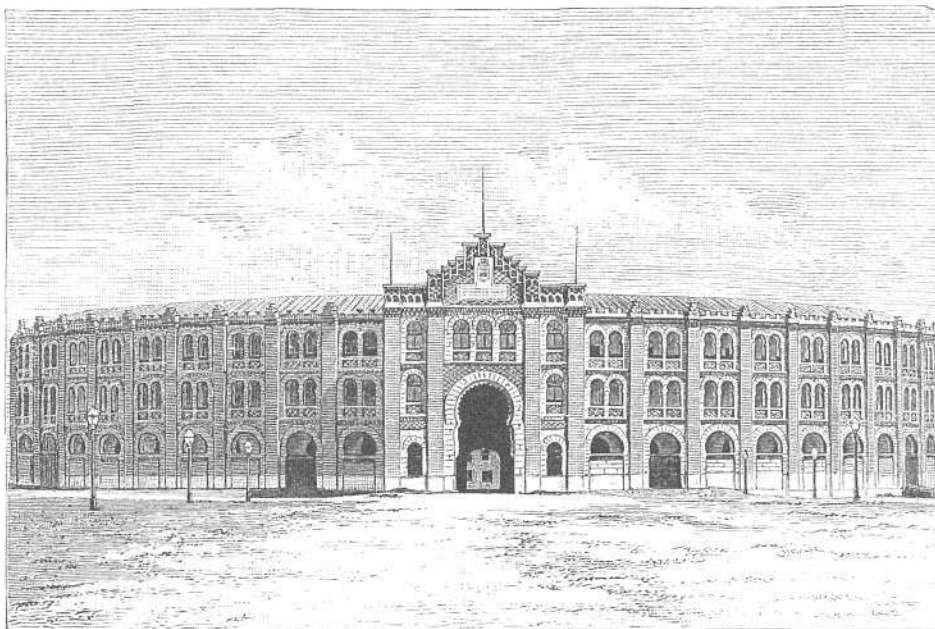
Sabido es, también, que entre nosotros el Sér Supremo dista mucho de gozar una posición independiente y que no se le considera inamovible ni mucho menos. A lo mejor viene un Juliano, un Constantino ó un Enrique VIII,—

para no hablar de lo que hoy sucede,— y por un quitame allá esas pajas ó por un tráeme acá esa chica, dejan en un santiamén á Dios cesante.

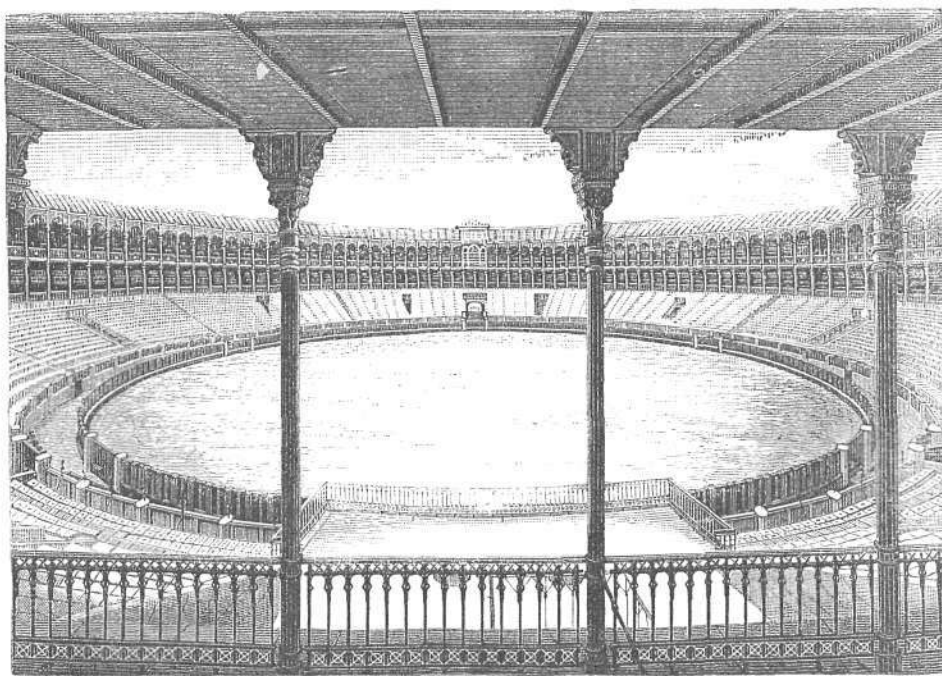
¡Pero, hombre, si se está viendo! Cuando en las luchas de los partidos, el Omnipotente no se halla afiliado al vencedor, ya puede estar seguro de que éste, á buen librar, le rebaja el sueldo.

En fin, resulta que no tenemos nada que echar en cara á los chinos.

Yo bien sé cuánto partido se procura sacar



PLAZA DE TOROS DE MADRID



REDONDEL DE LA PLAZA DE TOROS DE MADRID

de algunas pequeñeces y cómo se las abulta para darlas como pruebas concluyentes de las grotescas excentricidades de ese pueblo. Dicese, v. gr., que los chinos comienzan á leer un libro por lo que es la última hoja para nosotros; á esto contestarán, devolviéndonos la burla, que nosotros comenzamos la lectura por donde la acaban ellos.

Pero lo que más ocasión da á los europeos para burlarse, es la cocina del Celeste Imperio: ciertos platos muy comunes en los banquetes de ese país, como los nidos de golondrinas, los huevos empollados, el gato en salsa, los gusanos, los perros de leche y el picadillo de sapo, pasan aquí por terribles excentricidades gastronómicas.

Convenido, lo son, pero, ¿nos dan derecho para burlarnos? Yo he visto que en las fondas elegantes de París se sirven ya los famosos nidos y los hacen pagar á muy buen precio. Si este manjar no se generaliza, tal vez es porque su extravagancia no tanto está en el plato como en la cuenta.

¡Pues los gusanos! ¿Con qué razón nos burlamos de los chinos porque los comen? ¿No esperamos aquí á que los quesos se pudran para comerlos, y cuando podridos y transformados en una masa viviente donde bullen y se retuercen los gusanos á millares, no nos parecen sabrosísimo bocado?

Lo mismo podría decirse de otras cosas. Yo no me atreveré á afirmar que en nuestras mesas

(1) Como en *La jole de vivre* hace Emilio Zola.

figuren los perrillos de leche, los huevos empujados y los sapos en picadillo. No lo sé, ni intento averiguarlo. ¿Quién tendrá valor para descorder el velo que nos oculta los misteriosos secretos de la cocina? En todo caso, sin entrar en averiguaciones muy hondas y de naturaleza delicada, todos sabemos que en Europa se comen ranas, cangrejos, calamares y otros mil bichos. Ahora bien, ¿por qué no ha de ser tan apetitoso el sapo chinesco como la rana europea? ¿Quién tiene miedo á ningún comestible después de ver un cangrejo vivo? ¿Hay nada de apariencia tan repugnante como nuestras ostras?

Aunque no quiero insistir sobre este punto, imposible me es pasar en silencio lo que se refiere al gato. Si los chinos que tienen el valor de sus convicciones, admiten francamente á ese animal en sus cazuelas, y en el *menú* de sus banquetes figura Micifuf por derecho propio, nosotros, en cambio, más cobardes y más hipócritas, le clavamos clandestina y traídoramente el tenedor, y á fin de poner nuestra conciencia al abrigo de sus uñas, nos lo comemos bajo el disfraz de liebre.

¿Qué podemos, pues, echar en cara á los chinos? ¿Qué ridiculez hay en ellos que no tenga en nosotros su equivalente?

No, si en ellos nos chocan las borracheras de opio, los ojos caídos hacia dentro, el uso immoderado del abanico, las pagodas con campanillas, los monstruos de porcelana, los lamas y los bonzos, los botones honoríficos, la legislación cruel y los zapatos, nosotros tenemos en Europa, sobre otras ridiculeces parecidas, mil y mil cosas que hacen reír á los chinos y les dan derecho para tacharnos de extravagantes.

Un rasgo, uno solo, hallo yo en la raza china que da á su fisonomía moral carácter singularísimo y hace que ese pueblo sea una excepción entre las demás naciones: su aversión al baile. El Celeste Imperio es el único país de la tierra donde no se baila.

Que esto no puede continuar, es evidente. Tal vez en esa incomprensible repugnancia á las cabriolas y piruetas tiene su origen la bárbara costumbre de inutilizar los pies de las mujeres, así como el traje estrafalario de los chinos y algunos otros rasgos de esa civilización que tan extraños nos parecen.

Para conseguir la fraternidad universal y hacer que la humanidad entera marche unida por el camino del progreso y avance hacia la perfección sin tener rezagados ni desertores, preciso es que la raza china entre también en danza. Sólo de esta manera no será ese país una nota discordante en el concierto de las naciones cultas.

Que esto ha de suceder muy pronto, nos lo fían los cañones franceses que empiezan á sonar en el Tonkin, marcando el compás á los chinos para que bailen. Los descendientes de Confucio se convencerán, por último, de que no deben permanecer en su aislamiento é inacción y acabarán por bailar al són que se les toque.

Si Francia quiere afianzar las conquistas de la civilización en el Celeste Imperio, debe hacer que en pos de sus cañones vaya el piano. Nada como este instrumento estúpidamente nivelador para borrar hasta el último vestigio de la civilización asiática.

Ya nos lo enseñó la docta antigüedad por medio de una ingeniosa y profunda alegoría. Si allá, en los albores de la civilización, tanta influencia tuvo el arte para formar la gran familia humana, y al poético sonido de la lira brotaron del suelo las murallas de las ciudades, nada mejor que el piano para continuar esa tarea civilizadora. Como este monstruoso instrumento no edifica sino destruye, á sus sonidos caerán á tierra esas murallas de la China, que han sido insuperable obstáculo á la marcha del progreso, tal como hoy se entiende.

¿Ni la invasión de los tártaros habrá sido de tanta trascendencia para el Celeste Imperio como la de Erard y Pleyel!

ELADIO LEZAMA.

SALLE Á MANGER

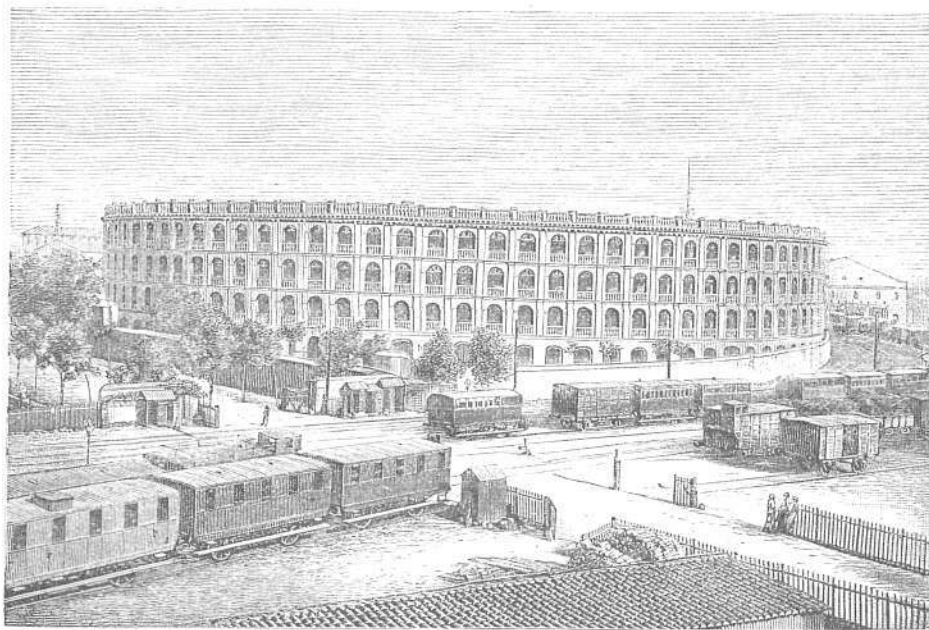
I

TRESCIENTAS ONCE PALABRAS

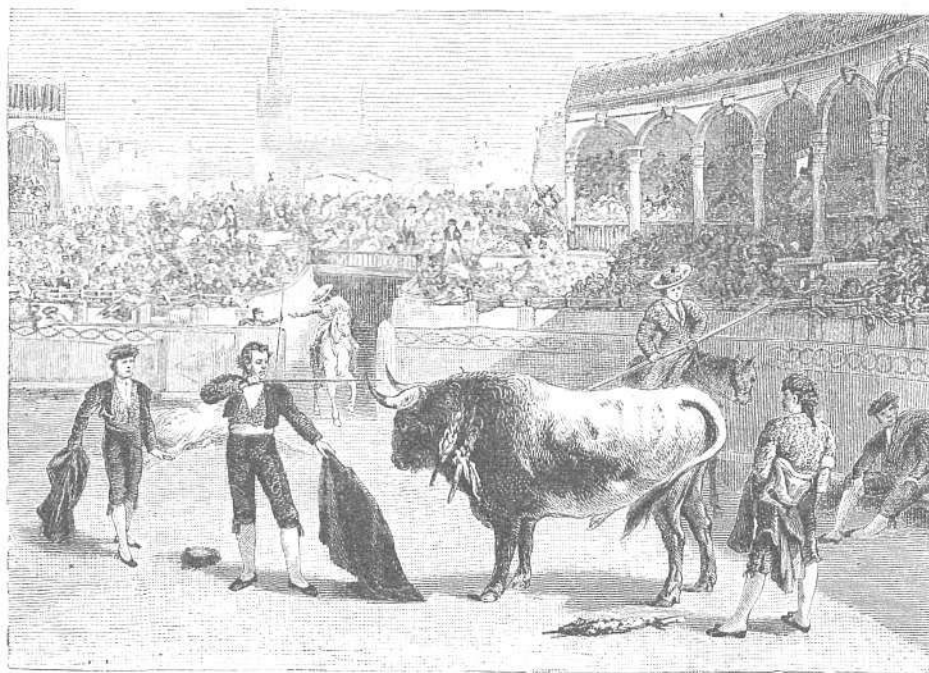
Este relato que voy á ir desenvolviendo á los ojos del lector y cuyos medios y fin él verá si el buen Dios le ha dotado de la necesaria paciencia, es cuento y es historia á la vez. No se desarrollaron las penas que procuraré describir

con el orden y método con que intentaré desarrollarlas, no con idéntica hilación y final semejante. Mi tarea se ha reducido á unir los datos y buscar su lógica, á examinar los hechos y á armonizar su enlace. Los datos son la historia; el cuento su relación. No de otra manera el indio hábil, dejando caer una á una por el hilo delgado las desgranadas cuentas de colores, concluye el caprichoso collar.

Si sólo crees verdad lo que ves y tocas, no leas estos renglones. Tú te evitarás un fastidio, lector, yo me libraré de algún calificativo no



PLAZA DE TOROS DE VALENCIA



UNA CORRIDA EN SEVILLA

agradable que de tus labios se desliza. Si piensas que el hombre á veces escucha una voz que no oye, pero que le acaricia blandamente y á grandes ensueños le arrastra, sigue, que quizás reproduzca alguno de tus pensamientos. ¿Aseguras que hay instantes en la vida en los que todo se contempla adornado por un colorido del que antes se hallaban desposcidas las cosas? ¿Defiendes que, esta, quizás pasajera situación, no por menos durable es menos real que la continua y vulgar apariencia de que el espíritu se reviste en las normales batallas de la vida? ¿Pretendes convencer á alguno de que las acciones así engendradas, en tan extraños combates, son, á modo de espejo, vistas por un lado, oscuras, vistas por el otro, diáfanas y esplendorosas?

¿Afirmas que un mismo sentimiento provoca á risa y á llanto y que lo ridículo y lo grande son generalmente distintos aspectos de una misma cosa?

¿Si? Pues lee, si te place, que no será difícil que nos entendamos.

II

CAIDA DE SOMBRAS

Estamos en Madrid, en un día del mes de Octubre, á la caída de la tarde. Es la hora que señala, para el trabajo, el principio del reposo; para el placer escondido, los primeros rápidos instantes. ¡Qué estruendosa y horrible sinfonía